En el marco de Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano.

Comisión de Enlace Regional de Argentina y Uruguay.

Jornadas

***“Desafíos de la praxis analítica. El sujeto en el campo del deseo”***

Cuando lo real irrumpe en la vida hay un tiempo, a veces un instante, en que el sujeto queda absolutamente conmovido, desanudado, desligado de los recursos imaginarios y simbólicos que hacen de sostén a su psiquismo. El dolor, la muerte, el desamparo, estremecen al sujeto dejándolo a la deriva, provocándole una pérdida del sentido que hasta allí sostenía su existencia. Tiempos de emergencia de lo real que invade al sujeto y frente a lo cual este deberá inventar algo, un artificio que da cuenta de un saber y hacer con eso. Muchas veces son los propios sujetos quienes por las marcas de su historia, por los avatares de su vida, disponen de estos recursos, de este saber y hacer con lo real. Otras veces estos desanudamientos, estos desenlaces, no son posibles de remediar y llevan a que un sujeto nos demande en su sufrimiento. Este es uno de los desafíos al que la praxis analítica nos convoca a los analistas.

Son los poetas, los artistas, los escritores, quienes nos marcan el camino y nos enseñan a los analistas eso que afanosamente buscamos a partir de nuestros conceptos. Theodor Adorno, el filósofo de la escuela de Frankfurt luego de la Shoah, el asesinato de los judíos en los campos de exterminio, declara: “No se puede escribir poesía después de Auschwitz”, en un mensaje de desesperanza y de expresión del atrapamiento mortífero en la barbarie monstruosa de la maquinaria nazi. Primo Levi, el escritor italiano judío sobreviviente de los campos le responde: “Ya no se puede escribir poesía, excepto sobre Auschwitz”, dejando en claro que la poesía, la creación artística, los artificios que los seres humanos creamos, son el modo de responder y anudar lo real traumático.

Yayoi Kusama, la artista viva más importante de Japón, antes de su impresionante exposición en Buenos Aires en 2013, declara impactándonos en una entrevista que su opción era el arte o la muerte. Dice que la pintura, la escultura, la escritura, es lo que evitó que se suicide. Es entonces lo imaginario hecho arte lo que la salva de la muerte.

En este mismo sentido podemos tomar lo que nos dice el escritor chino Mai Jia, autor de la novela “El don”, con 16 millones de ejemplares vendidos. El autor declara: “…El escribir se convirtió en mi en una necesidad fisiológica”. Relata que en su infancia vivió en un estado de abandono ya que en la revolución cultural china su familia fue perseguida y ningún niño quería juntarse con él. La única forma de tener amigos que encontró en ese tiempo de infancia fue la escritura de sus diarios íntimos que alcanzaron los 36 volúmenes.

El escritor americano James Salter en el epígrafe de su última novela “*Todo lo que hay”* dice: “Llega un día en que adviertes que todo es un sueño, que solo las cosas conservadas por escrito tienen la posibilidad de ser reales”. Sitúa así el anudamiento entre lo simbólico y lo real. En un video autobiográfico agrega: “Decidí cambiar mi vida y convertirme en escritor. Decidí escribir o morir”. Salter nos muestra que no hay ambigüedades para él y quizás también para nosotros. Solo escribir saca de la muerte, nos desafía en su metáfora.

He tomado solo algunos artistas que testimonian de esta opción vital. Seguramente muchos más nos señalan el camino a través de su arte o sus pensamientos. Pintar o suicidarse, la escritura como necesidad vital frente a la soledad y el desamparo, escribir o morir, es el modo que los artistas nos enseñan con sus artificios y creaciones ese saber y hacer con lo real que de otro modo se vuelve atrapante y mortífero. Lacan postula que el saber hacer es el artificio que da el arte del que cada quien es capaz. Y con esto hace referencia a como cada uno de nosotros se arregla con lo real.

Yayoi Kusama, muestra de modo ejemplar esta posibilidad, de arte-sanar algo de la vida. La  misteriosa "princesa de los lunares” muestra en su obra, en esa fusión de lo público y lo privado, la delgada línea que separa la producción artística de sus obsesiones personales. Asistir a una de sus exposiciones es adentrarse en esa dimensión donde el arte con toda su potencia expresiva nos inunda transportándonos a mundos de imágenes, de luces y colores, donde los lunares repetidos ilimitadamente, las imágenes que se multiplican en los espejos al infinito, los falos sueltos o insertos en objetos en las mas variada formas y tamaños, nos muestran que es posible vivir en ese mundo alucinante cubriendo los agujeros de la existencia. El recurso del arte hace posible que borremos aunque provisoriamente la existencia del mundo real, que nos perdamos en esa escena instalada, para luego salir de ella.

Testimonio mi experiencia ante una de sus obras, la instalación *Fireflies on the water*: “Estoy en medio de una sala y a mi alrededor, suspendidos en el aire, miles de puntos multicolores me rodean. Me transporta a otro mundo. Una sensación extraña, una levedad, se apodera de mi cuerpo habiendo penetrado por mi campo visual. Los espejos colocados en toda la superficie de las paredes multiplican esos puntos de colores llevándolos al infinito. Un sendero, al que rodea agua transparente en la que también se reflejan los puntos de colores, conduce mis pasos haca el otro extremo de la sala. Salgo de ese mágico cuarto y mi primera reacción es querer regresar, volver a vivir esa extraña vivencia, esa maravilla que nos ofrece el arte de Yayoi. Sigo caminando hacia la salida de la exposición. Advierto que durante el tiempo que estuve en la pequeña sala mis pensamientos quedaron suspendidos. En ese momento solo fui habitado por la conmoción de vivir la maravilla”.

Yayoi cuenta en sus relatos autobiográficos que siendo niña empezaron sus alucinaciones además de experiencias extracorporales. Allí comenzó a pintar. Dice que su creación artística tiene su origen en “…la enfermedad psicológica que padezco desde la infancia. Depresión, trastorno de despersonalización, trastorno obsesivo-compulsivo. He luchado contra ello con todo mi arte”. Su madre la obligaba a seguir a su padre en sus constantes aventuras sexuales. Luego le obligaba a relatar las escenas presenciadas, para después castigarla descargando en ella su ira. Una libreta que llevaba permanente le sirve para dibujar como escape a la crueldad materna, aunque esta destruía después todos sus dibujos. Sus creaciones eran la posibilidad de la cura. Veía auras alrededor de objetos, los animales y plantas le hablan. Esas figuras alucinadas comienzan a meterse debajo de su piel borrando el límite entre su cuerpo y el mundo exterior. Apela a pintar en forma iterativa figuras, puntos, arcos, en forma interminable. Pinta redes infinitas con lunares en telas interminables sin cortar. Cuando se termina la tela pinta en el piso, en los muebles, en su propio cuerpo.

En un intento de borrar ese real que la invade y aterroriza practica lo que llama el autoborramiento: “Buscaba borrar el mundo y en el proceso a mi misma”, declara. Yayoi transforma sus alucinaciones en lunares, en su intento de hacer letra. Son esas *redes infinitas*, esa reiteración infinita de lunares la que hacen de soporte a eso ilimitado, a ese dolor infinito que la invade.

Eso ilimitado entre el mundo y lo que esta bajo su piel, se expresa también en la unidad que plantea entre su obra y su biografía, entre sus exposiciones y su “trastorno mental”. Ella expone y se expone sin límites. Lo externo la penetra, lo interno se desborda al exterior. Su arte, su obra, cura su locura. Su vida se anuda con su obra salvándola del suicidio. Pero es también allí donde ofrece a su público la posibilidad de entrar en su mundo infinito y gozar de la belleza y la maravilla.

Cuando en una entrevista le consultan sobre si hizo alguna vez Psicoanálisis responde: “El médico freudiano que me atendía en Nueva York hizo empeorar mi enfermedad. Aquí en Tokio, en cambio, mi médico piensa en el desarrollo artístico”. Yayoi, otra vez genial, nos pone en la pista. Es el desarrollo de su obra lo que la salva de su enfermedad. ¿Podemos pensar que las interpretaciones freudianas la empeoraron? Yayoi armó su Synthome con su obra con la cual se hace un nombre, y esa es la dirección que el analista debe seguir.

Si tal como los artistas nos enseñan no hay ambigüedades, se trata de crear o morir. Entonces cada uno como sujeto es responsable de artificiar, de saber hacer con eso que nos constituye, de producir un saber acerca de lo no sabido del síntoma y hacer algo con lo real. Y este es el desafío al que la praxis analítica nos convoca allí donde somos demandados por un sujeto que sufre. Se trata de acompañarlo lo más lejos posible en el desarrollo de su obra, en la construcción del destino de su vida, para encontrar un remedio que remede sus desanudamientos y desenlaces. Si la poesía, la escritura, la pintura, y las distintas formas del arte se constituyen en la opción frente a la muerte y la locura, el Psicoanálisis se constituye en una opción valida para aquellos que no encuentran sus propios recursos allí donde la vida los confrontó a callejones sin salida. Pero ello a condición de que los analistas sepamos situarnos en el lugar que nos toca apuntando, como el analista de Kusama, al desarrollo de la obra de la vida de cada sujeto a fin de que haga algo con su real.

Alfredo Ygel

Grupo de Psicoanálisis de Tucumán

Agosto 2014